

## MI ABRAZO A DIEGO DEL GASTOR

### Parte 2

(*Sigue...*)

Diego, a todo lo que tocaba le ponía su alma. Sin alma no se puede sublimar el arte. El arte es una mezcla de las cualidades expresivas del artista y del dominio y conocimiento que se tenga de la técnica para conformarlo. Por eso, cuando algunos entendidos, de forma intencionada, le quieren restar importancia al toque de Diego, rápidamente se escudan en el déficit de sus carencias técnicas. Con ese entender se valora únicamente, su aspecto más técnico, pero se olvida la esencialidad de los átomos de sustancia flamenca con los que el artista debe dotar y capacitar a su obra.

Diego era muy delicado. Tenía y sentía un profundo respeto por el flamenco. Gustaba del silencio y de la quietud, no de los aplausos del respetable ni de las voces de aquellos que se querían hacer notar jaleando a destiempo. A éstos, continuamente les reclamaba silencio con sólo una palabra: *oído, oído...* Sus actuaciones iban precedidas de una gran elegancia y su saber estar era casi religioso. Para él, ésta era la regla de conducta a seguir mientras se ejercitaba el rito del cante y del toque. Una mosca le podía molestar. Y ello no era por consecuencia de que su persona fuese muy quisquillosa, que en alguna medida lo fue, sino por consideración hacia este arte.

A Diego era tanto lo que le gustaba el cante, que, a veces, él mismo, buscaba arropes en la tradición familiar para interpretar algunos estilos de soleá. Entre estos los que cantaba su padre, y a los que él llamó, junto con su cuñado Joselero, cantes de la Sierra de Grazalema.

Ustedes saben que Grazalema es un pueblo de Cádiz cuya sierra entronca con Arriate, Ronda y El Gastor, ciudades en las que Diego nació, se bautizó y vivió en su niñez. Esos cantes que él decía eran de su padre, no se han perdido gracias al apego que Diego sentía por la lírica popular andaluza. Esos cantes se los enseñó a Joselero, y posteriormente, fueron depositados en ese gran artista que es Juan Peña el Lebrijano. Lo que pone de relieve que Diego, además de guitarrista, fue un transmisor de cantes.

No podemos precisar pero si intuir que esos viejos sones soleaeros, posiblemente originados en esa comarca, se incardinan con las soleares de Anilla la de Ronda, cantaora y guitarrista, a la sazón familia de Diego. Anilla, de apellido Amaya, de raza gitana como Diego, fue admirada como una cantaora de soleares.

Una interpretación nada descabellada de estos sucesos nos hace decir, que esos cantes recuperado por Diego tienen casi un siglo y medio, y la tradición familiar lo acercó a este hoy.

Esta es una muestra más, entre cientos, entre miles de sonos, que con cierta justeza me atrevo a proclamar, la evolución de los tiempos ha ido puliendo y conservando a lo largo de los años, lo que pone de manifiesto la grandeza de esta música culta del sur sin precedentes en la historia de la civilización. Diego Flores Amaya es un eslabón más de esa cadena cuyo alcance nos ofrece una perspectiva de siglos.

Dicho esto, es justo resaltar que Diego fue un gran aficionado al cante, cualidad ésta que no se da, últimamente, con notoria frecuencia, en los nuevos valores que han surgido en la guitarra flamenca, a los que la técnica domina sus buenos haceres, pero, a los que el corazón, motor de emociones jondas, les queda en muy segundo plano.

Al hilo de este último apunte quiero ofrecer unas reflexiones que expresan el contraste entre la guitarra de Diego del Gastor y la nueva concepción que del flamenco tiene la mayoría de muchos grandes guitarristas flamencos, cuyo prestigio no voy a descubrir, y mucho menos a censurar.

A modo de ilustración quiero señalar determinadas improntas que se manifiestan en el toque de la guitarra. La tendencia a incrementar el ritmo. La velocidad en la producción de notas. Hoy hay excelentes guitarristas que se comen la guitarra pero que no la digieren. Son capaces de meter diez notas en un segundo, pero incapaces de provocar un silencio que te aprisione el alma.

Los silencios no son la negación de la música, sino su contraste más exquisito. La música es la organización que expresa la combinación de los sonidos y los silencios. Los silencios son el espacio que llena nuestro sentir de reflexiones. Sin esos silencios se ofertan menos espacios de reflexión, y por tanto, no se degustan en su plenitud los momentos sublimes del toque. Diego tomó mucha distancia respecto de esta concepción o corriente de entender este maravilloso mundo del toque. Me atrevo sugerir que tocar un instrumento musical es saber sacarle partido a todas sus potencialidades. Ese afán o empeño es necesario para digerir la música.

Digerir, también es meditar de forma cuidadosa sobre una cosa para entenderla. Cuando hablamos de sonidos armónicos, y aunque el oído humano, en tanto que receptor de escucha, está preparado científicamente para acopiar de forma instantánea la producción de éstos, su almacenaje y entendimiento requieren de un espacio temporal para su conocimiento y posterior deleite.

Teorizando al absurdo. Si un guitarrista llegara a juntar de forma instantánea todas las notas en una sola, obtendríamos la negación de la armonía y por tanto de la música misma. Sólo podríamos percibir y apreciar un único ruido.

A mayor aceleración en el ritmo los silencios se hacen más cortos. Casi imperceptibles podría afirmar. A menos silencios, menos sosiego y menos

reflexiones. Creo como cierto afirmar, que, para dejarse embelesar por las notas de una guitarra flamenca se requiere un gran sosiego. Sin esta predisposición es imposible percibir todo su aroma.

Tomemos como ejemplo un cante por soleá. En su interpretación, el cantaor cuando llega al cenit no es en la arrancada hacia arriba del tercio, sino en la conclusión del mismo. Es en ese tránsito hacia su final, o sea, cuando se va cerrando el cante, cuando se generan más emociones. Levantar la voz es relativamente fácil. La mayor dificultad está en sostenerla y modular con ella. Para sostener el cante, para mantenerlo en su escala descendente hace falta tener un sentido innato del compás, y para comunicarlo un dominio y conocimiento exquisito de los espacios y silencios. En esos espacios, en esos silencios, se localizan los mejores sabores y gustos del cantaor. En la guitarra los silencios son música y los espacios en dónde estos se dan tiempos para momentos de arrebatos y frenesí. Ese fue el mundo del que Diego gustaba y perdía sus sueños: un universo de pasiones, de aromas y de sabores.

Al margen de aquellos horizontes de Diego, hoy, conviven otras corrientes de guitarristas que se manifiestan, más que en su mundo del que proceden, en la búsqueda de nuevos encuentros con otras músicas e instrumentos ajenos al flamenco. En esta tarea, en la que se ha puesto mucho énfasis, a la postre, es una nueva formulación musical, aparentemente flamenca, pero con una huída hacia posicionamientos más comerciales, con la que adopta una actitud casi enfermiza por el soniquete y el ritmo. Su gran adelanto su capacidad de construir armonías. Su gran defecto, su insuficiencia flamenca.

Otra consideración dónde la nueva guitarra flamenca invierte es en la construcción de falsetas muy extensas junto a la acción cantaora: la tendencia al concierto. En esta situación la guitarra de acompañamiento *per sé*, no debe asumir la misión de sujeto principal de la oración flamenca sino la de complemento de la misma. Ello será así cuando el guitarrista actúe solo, pero cuando ejecuta el acompañamiento del cante debe acoplarse a éste. Es decir, ofrecer diálogos y caminos para que el cante se manifieste en su mayor plenitud.

La acción de cantar, de tocar en el caso del guitarrista, necesariamente, es producto del registro del artista. Ese registro almacena un caudal de diálogos que tanto cantaor como tocaor devienen en establecer a partir del sujeto principal, el cante.

Fijaros bien lo que dijo Fernanda de Utrera, respecto de Diego del Gastor en una entrevista que le hicieron *"Diego y yo formábamos la pareja que mejor se ha compenetrado en el flamenco. Cada uno estaba enamorado del arte del otro. Yo era las cuerdas de su guitarra y él la queja de mi voz"* Y concluye Fernanda. *"Nadie ha sabido arrancar lo que yo llevo dentro como Diego el del Gastor"*.

Otra cita en esta ocasión de Francisco Ayala en un lúcido análisis de la figura de Diego afirma: *"El toque de Diego contiene más alma, más duende que el toque de cualquier otro guitarrista flamenco hoy día. Diego no se adhiere a la corriente moderna de la velocidad y el lucimiento personal, admitidamente necesarios para aquellos que deben competir en el ambiente comercial del flamenco. Por el contrario, retiene tenazmente la sencillez de los tiempos pasados, antes de que la guitarra flamenca se convirtiera en un instrumento de virtuosismo, cuando todavía era fundamentalmente un medio genuino y primitivo de expresar lo hondo"*.

En modo alguno exagera el gran escritor granadino. Diego es así, ni compite ni se siente competidor. Sólo expresa un modo de ser, una forma de sentir, de vivir, una manera de hacer flamenco, la suya, ni peor ni mejor que otra, pero diferente. Y esa diferencia, fundamentalmente, se localiza en el alma que le pone a todo lo que toca.

Quizás esta frase puede alimentar confusión en algunos aficionados no muy iniciados, ya que pensarán que todo artista pone su alma en lo que hace. Ese es un dato tan cierto como el que todos los que practican un deporte quieren ganar, pero no es menos cierto que sólo uno lo consigue. Permítanme esa metáfora: Ése es Diego. De él señalaba al principio que tiene la gran virtud de enamorarnos con su arte. El toque de Diego es como un río; misterioso y enigmático del que nunca podremos averiguar como vierte sus aguas a tantos mares y océanos.

Permítanme también exponer la siguiente reflexión. Hay quienes se acercan a la flor sólo para ver sus colores. Por cambio otros gustan además de sus olores. Hay quienes se acercan al mar para mirarlo y sólo logran ver su superficie. En cambio otros además desean conocer su fondo. Diego es como esa flor que únicamente muestra en el fondo de ese mar su verdadero perfil y aroma.

A raíz de esta consideración me pregunto: ¿Para qué detenernos en las apariencias de las cosas, en sus formas, por qué no penetrar hasta el fondo de las mismas? La guitarra de Diego es como ese mar profundo y cálido cuyos sabores y placeres sólo se pueden paladear y sentir a través de sumergirse en sus aguas, de abandonarse a la corriente de sus notas.

Mi abrazo a Diego del Gastor tiene, necesariamente, que ocuparse de estas consideraciones. Ahora, desde la perspectiva de los años pasados, aunque difícil se hace no caer y enterrarse en ese pozo, donde el tiempo da lugar a la nostalgia idealizando nuestros ayeres, siento que mi corazón, en éste su centenario, lo recuerda con más fuerza que nunca.

Diego se nos fue hace treinta y cinco años, nos dejó un enorme vacío, pero también un mundo de magias que fui descubriendo con los años.

Mi abrazo a Diego del Gastor es un abrazo más. Un abrazo más entre los muchos que comparto con aquellos aficionados, cuyas sensibilidades destacan el hecho diferencial y singular de un artista que nació asido al vientre de una guitarra, que supo recorrer una a una sus seis cuerdas para provocar unas emociones tan fascinantes como insólitas.

Mi abrazo a Diego del Gastor, significa también mi más sincero reconocimiento a esta cultura andaluza que tanto me ha dado. Mi abrazo a Diego es mi abrazo a un arte que siembra pasiones, que derrama emociones y mueve envidias a lo ancho y largo del mundo entero.

Mi abrazo a Diego del Gastor, no es una despedida sino un encuentro. Un encuentro nada fugaz con un artista, cuyo mayor tesoro fue cautivarme. De cautivarme para siempre con esta música tan extraordinariamente rica extraída por los seres humanos de este pequeño pero hermoso rincón del mundo, Andalucía.

Muchas gracias por su atención.

*Conferencia en Ronda 14 de julio de 2008*  
*Luis Soler Guevara*